



(Foto Plazaola).

La pintura de ZULOAGA

Por José CAMON AZNAR.

Zuloaga, tzaz iriziak

Juan SAN MARTIN.

Arrigarria bada be, Zuloaga ez zan pasau iñungo eskolatik, bere aitarena ta mutikotan Fausto Mendizabal'en dibujoko eskolatik izan ezik, bere etxeko arte-rako giroa ondo aprobetxatu eban, eta naikua izan eban bere barruan bein da betiko egizko artiairen kezka bat sortzeko. Eta bere bizitzaren ziar arte konuko eskolak uxatu zituan. Beretzako, artista bakoitzak bere burua landu biar eban, ze, berak esaten ebaner, maixu ona zan pintorerik ez ei zan.

Bere lelengo biarrak Eibar'en ein zituan, orrela ziran «Arrate'ko itxua», Curti'i ain atsegingarri izan jakona, ta «Eibar'ko iturria» (Urku'ko iturria), bere aitari asko gustatu jakona. 1887'garrenian, oindio mutiko bat zan artian, azaldu zituan bere lanak, «Un sacerdote rezando» zan euren artian onenatariko bat. Garbi ikusten zan bere erriarentzako izan zitala lelengoko maitasunak. Baña, artia ez da erri-zurolako egiña, artiak ez dauka

Es el ceño del carácter el que recarga y rasguña en nuestra sensibilidad los cuadros de Zuloaga. Es un 98 exacerbado, con la garra del destino arando unas grandes tierras áridas y unos hombres de reseco o doliente pergeño. Díjérase un 98 recalentado desde los bulevares parisienses, ahuyentando medias sombras y tránsitos entre las arrugas. Sus cuadros más representativos —con más intensidad que lo de Goya o lo de Solana— son como inmenos aguafuertes. Todo incisivo, frontal y desambigado. Porque, pese a lo vibrante de su pincelada —y este es el gran desafío de Zuloaga en su época—, es el pintor menos impresionista de su tiempo. Nada en sus cuadros evoca esa frondeidad de reflejos, esa muelle densidad atmosférica de los cuadros contemporáneos, rendidos a la «magia del ambiente». En Zuloaga, hay, sí, una congruencia temática entre el fondo y la figura. Pero ello es una convención puramente intelectual, un propósito de correspondencia emotiva entre el personaje y sus escenografías. Así ocurre en esas nubes redondas y dramáticas, de tan sombrío curso, en «La víctima de la fiesta». Y en esos interiores de papeles pintados en cuarto de fonda barata, en «Torerillos de invierno». Y en esos Toledos y Avilas, respaldando escritores con sed de España en sus páginas. Estos fondos son como la irradiación caracterológica de los protagonistas que se sienten justificados por ellos como por un cartelón con sus lemas vitales.

Zuloaga no adapta su mundo ibérico a las corrientes universales de los estilos contemporáneos. Planta a sus figuras reforzando siluetas y rictus, con una decisión centripeta, despreciando toda vaguedad y disolución en una luz que él odiaba y que era el ideal representativo de su época. Sabía que el dibujo, el dibujo seguro, de viril resolución, es el esqueleto de la pintura. Que el color por sí mismo, por sus leves éxtasis, por sus alabeos y embelesos, es un pecado leve de afeminamiento. Que el carácter es el hueso del alma. Y Zuloaga pinta, tras esos rasgos tan enteros, almas. Pero almas terreras, pobres almas labradas por hambres, por pasiones o por oscuros fanatismos. Y frente a uno de los dogmas del impresionismo, raya con espeso color negro, siempre que lo exija la solidez o el aire de proa de sus figuras. En algo fue fiel Zuloaga a su momento: en la vertiente de exotismo que presentan hasta sus cuadros más entrañables. Pero ello fue otra de las virtudes de su arte. Porque le obligó a extender ante sus modelos una distancia que los hizo más alucinantes y ejemplares. Esa visión de sus toreros, de sus campesinos y de sus enanos, como desactualizados en tiempo y geografía, solitarios y eternos, desgajados de todo contubernio con el espectador. En tanto que los pintores costumbristas de su época nos han presentado e e mismo mundo, pero tan cotidiano y accesible, que se consume en la fugacidad del momento en que fue pintado.

No era don Ignacio, en su auténtica señorial sobriedad, hombre dado a lirismos. Y, sin embargo, pocas obras como la suya aparecen tan sobrecargadas de intenciones, tan irradiantes de estímulos literarios. Toda la conciencia de una profesión gallarda y a la vez mortal está en ese retrato de Domingo Ortega. Pocas veces ha habido una mayor unidad —la gran quiebra de los retratos ecuestres en todas las épocas— entre caballero y jinete que en ese picador con más lañaduras, huesos y aire de víctima que el jamego. Un cardenal avizorante, con la carne derretida por el fuego de la fe. Una gitanería donde puede saciarse ese arranque hacia lo desarraigado y marginal que tantas veces fue la musa de su arte. Y como una de las más amadas parcelas de su obra, queda la del paisaje. Quizá es este tipo de pintura la gran originalidad de Zuloaga. Otra vez —y aquí con más sutileza y genialidad— es el carácter lo que condiciona su inspiración. Como si fuera una faz de modeladas muecas, Zuloaga crea en estas obras un tipo de perspectiva, de color, de estructuras de cielo y tierra, que nos sobrecoje. Paisajes a veces sencillos y habituales, con patina de uso, como los de calles de Segovia o de Haro. Otros extendidos y planetarios como los de Calatayud o de Albarracín, con montes de plata, dimensiones calcáreas y expansión sin límites, como desesperada.

No es su técnica centelleante, y su policromía es más castigada que la de sus contemporáneos. Pero hay en ella un dinamismo interno, una concentrada tonalidad, que a veces, como en «El cardenal», alcanza acordes suntuosos. Pinceladas largas, toques secos y vivos, manchas que acusan a la vez un relieve y un estado de ánimo. Y, sobre todo, una enorme claridad representativa. Aquí están expuestas con magna honradez todas sus posibilidades pictóricas. Nada hay celado ni sintomático. Todo resuelto en un bloque sin velos. ¡Lástima grande que en una gran época de su vida —por lo fecunda y madura— cediera a la tentación de los retratos! Y en ellos, a veces, con cierta crudeza cromática, al halago al modelo! Y que para evocar al mejor Zuloaga, al que honra a los museos y a nuestra historia artística, haya que pensar muchas veces en épocas juveniles, cuando sus temas eran imaginativos.

Pintor también sutil, Zuloaga, pintor de las elegancias femeninas, de las sedas desplegadas, de las actitudes exquisitas. Pintor de una raza que a través de sus cuadros más personales se nos aparece orillada, no lubricada por la cultura y alzada sobre unos páramos que son como el pedestal que exige su destino.

mugarik, eta ez ekatu artista bati au edo bestia: bera, mundu zabalerako egiña da.

Ala ta guzri be, Zuloaga'ren bizitzaren ziar, argi ikusi dogu bere biotza erri-miñez bizi izan zala, ta 1900'garrenian, Segovia'ko puntan, «La corrida de Eibar» pintxau eban; da a plazia, Untzaga'n, Sanjuan jailetan, «Andres arotza»k urtero jasotzen zebana zan; bere atzekaldian Untzaga'ko torre zarra agiri zala.

Ez ete zan bere amesetako Eibar, orduan berak pintxau ebana?

Euskaldunak esan izan dabe, Zuloaga castilla-zale amorratu bat zala eta Castilla aldekuak beti asarre, euren miseria besterik pintatzen ez eban, euskaldun madarikatu bat zalako. Baña, egia esan, Zuloaga'k, berak nai ebana edo sentitzen ebana pintatzen eban, gñori kasurik egin barik. Bere lanen kolore baltzak, motxa-

llak ta arpegi baltz eta tristedun toriadoriak, Zuloaga'k bere barruan trajediaren baten burruka zeroiala emoten dau; Paris'en pasautako bohemio bizitza nekegarriak nunbait bizitzaren garratza erakutsi biar izan zetsan eta miseria ta trajediare deiarri kasu ein zetsan bere paleta ta pinteekin jasotzeko.

Berriz, Euskalerriko gauza gutxi pintxau ba dau be, egin dituanak Aurelio Arteta baten mallakuak izan dira; kritikuen iriziz «Bersolari» ta «Aamarretako» gorenguen mallan ipiñi biar dira.

Baita, ba dira beste aḡko Greco, Velázquez, Zurbarán eta Goya-gandik ikasitako pintura zala esaten ebanak pe, lau pintore orreik, estiloz, bata bestigandik ain ez-berdiñak izan da, laurengandik ikasi ba eban ez zan ez mutil txarra. Baña, Zuloaga'k, gauza bat bakarrik eukan orrena laurona: euren mallara eldu zala.